

re en el teatro, que no sienta conovense las  
fibras de su corazón al injurio de la mujer,  
que no se estremezca á la vista de un cuadro  
terrible, ó al simple relato de una acción in-  
humana, es una excepción de la regla, es un  
fenómeno; y el número de los fenómenos no  
es largo, por fortuna, en la naturaleza.  
La mujer es el gran amigo del arte, como  
el arte es el gran amigo de la mujer.

El amor es el gran amigo de la mujer,  
y el arte es el gran amigo de la mujer.

El amor es el gran amigo de la mujer,  
y el arte es el gran amigo de la mujer.

La mujer es el gran amigo del arte,  
y el arte es el gran amigo de la mujer.

La mujer es el gran amigo del arte,  
y el arte es el gran amigo de la mujer.

La esperanza es la mano misteriosa que  
nos acerca á lo que deseamos y nos aleja de  
lo que tememos.

La esperanza es un árbol frondoso, á cuya  
sombra se cobija la gran familia de Adam.

Pero el sexo fuerte, guiado por su noble  
instinto se aparta en distintas direcciones de  
do el árbol, sin abandonar su sombra, el sexo

## CAPITULO VIGESIMO QUINTO.

debil.

Para el sexo debil no existe el amor, ó si  
existe, es muy horroroso; no existe el honor, ó

si existe, es castrado. **LA ESPERANZA.** es solo existe el  
mañana.

Para el sexo debil el amor de la historia  
antigua es un periodo I.

intenso, que encierra á las mujeres y las  
guarda como objetos de gran lujo.

Ha dicho una escritora muy estimable, que  
esperar siempre es desesperarse.

Esto no debe ser exacto por fortuna: nadie  
dirá seriamente que está *desesperada* la mitad  
más bella de la humanidad.

Y sin embargo, esa mitad más bella espera  
siempre.

Entre esa desgraciada mitad y la esperan-  
za hay un lazo simpático: la belleza.

La esperanza es una adorable enemiga del  
hombre, y una amiga pérfida de la mujer.

Para la esperanza la gramática no tiene  
más que un tiempo, el *futuro*: todos los dias  
tienen un mismo nombre: *mañana*.



La esperanza es la mano misteriosa que nos acerca á lo que deseamos y nos aleja de lo que tememos.

La esperanza es un árbol frondoso, á cuya sombra se cobija la gran familia de Adán.

Pero el sexo fuerte, guiado por su noble impulso, se aparta en distintas direcciones para acometer altas empresas; y queda guardando el árbol, sin abandonar su sombra, el sexo débil.

Para el sexo débil no existe el *ayer*, ó si existe, es muy horroroso; no existe el *hoy*, ó si existe, es casi indescifrable; solo existe el *mañana*.

Para el sexo débil el *ayer* de la historia antigua es un período de intenso amor; tan intenso, que encierra á las mujeres y las guarda como objetos de gran lujo.

Ese *ayer* representa para el desgraciado sexo débil la degradacion en ciertos pueblos de Oriente, el menosprecio en la Persia, el envilecimiento en Africa, la impudencia en Lacedemonia, la opresion en Atenas, la tirania en la India, el asqueroso libertinaje en la Roma de los Césares.

Para el sexo débil el *hoy* en los pueblos civilizados es una especie de logogrifo muy difícil de explicar.

Ese *hoy* viene á ser el menosprecio unido á las apologías mas brillantes; la opresion, fingiéndose proteccion; el libertinaje, profanan-

do la santa palabra *amor*; la tiranía, mintiendo hipócritamente *celos*.

Ese *hoy* dice al sexo débil: "*tu eres todo*;" y al volver la página le dice: "*tu eres nada*."

Ese *hoy* lo ensalza y lo deprime; lo envuelve en una nube de lisonjas, y apenas le enseña á leer.

Ese *hoy* se entusiasma con las gigantescas obras de Stäel y Fernán Caballero, Sevigné y Avellaneda, Cottin y Coronado, y á renglón seguido ofrece á la discusion de los sábios esta inocentísima tésis:

"¿Conviene que las mujeres sepan escribir?"

Ese *hoy* simboliza el choque de las afirmaciones y las negaciones; la lucha, por fortuna desigual, de las verdades y de los errores: de la modestia y del orgullo: el mundo semeja hoy un gran logogrifo, cuya explicacion aparecerá en el número próximo; esto es, *mañana*.

Para la mujer, colectivamente considerada, el *ayer* es horroroso. Hasta el feliz advenimiento del cristianismo su condicion variaba sólo entre la esclavitud y la tutela.

El *hoy* variaba entre el *todo*, que atribuye la lisonja, y el *nada*, que profiere la vanidad.

Por eso el sexo débil tiene los ojos fijos, y fija su esperanza en el *mañana*.



## II.

Y esto que sucede al sexo en abstracto, sucede á la mujer en concreto.

La vida de la mujer puede considerarse como un precioso cuadro cuyo fondo es la esperanza.

La esperanza supone movilidad de ánimo, lo mismo que la curiosidad, pero con esta diferencia: la curiosidad mueve el ánimo en todas direcciones; la esperanza lo mueve sólo hácia adelante.

No hay una edad de la vida en que la mujer no espere.

Hasta los treinta años, la niña ha esperado con impaciencia á la jóven, y la jóven á la mujer: desde los treinta años suele esperar la mujer sin impaciencia: con tanta calma espera, que se constituye en esa edad hasta que los imprudentes signos de la vejez le anuncian que espera en vano.

Lo que el mundo llama deseo de agradar, no viene á ser otra cosa que el estímulo incesante de la esperanza.

Lo que el mundo llama veleidat de la mujer, es muchas veces la rápida reflexion que sufre en el inquieto espejo de la vida el rayo luminoso de la esperanza.

Lo que vulgarmente se califica de orgullo,

suele ser un recóndito misterio de la esperanza.

La melancolía es el decaimiento de la esperanza; el desengaño es su muerte; el llanto su funeral; la resignacion su heredera.

La ilusion no es más ni ménos que una agradable aberracion de la esperanza.

Sin esa agradable aberracion, la humanidad sería doblemente infeliz de lo que es.

Mientras no se mejore el sistema de educacion, las facultades intelectuales de la mujer duermen; y como duermen, sueñan: la imaginacion vive en insomnio casi constante, y acepta y acaricia y poetiza aquellos venturosos desvaríos: entónces se dice que la mujer sueña despierta.

El sueño de los despiertos se llama tambien ilusion.

Este sueño es comun á los dos sexos, con sola una diferencia.

Los hombres sueñan á voces, y sueñan cosas trascendentales; por ejemplo, la felicidad del mundo por obra de la política; la nivelacion de fortunas; la paz universal.

Las mujeres sueñan en voz baja, y por lo regular es más limitada la esfera en que se agitan: la belleza, con todas sus relaciones; el amor, con todas sus incidencias.

El día en que la mujer no sueñe; el día en que la educacion venga á despertar por completo sus facultades intelectuales, se debilitará



el imperio de la lisonja y aminorará sus estragos el espíritu infernal de seducción.

### III.

La esperanza, hermana simpática del amor, es luz suavísima que dora los lejanos horizontes de lo porvenir: es fuerza misteriosa que ayuda contra los embates del infortunio.

El viento de la esperanza mueve tranquilamente la barca del marinero.

La esperanza guía la mente y la mano del artista.

La esperanza convierte los años en minutos, y los minutos en años.

Ella borra las distancias, salva los mares y dulcifica las horas del padecer.

El sol, que desde el limpio oriente nos envía raudales de su luz; el canto de las aves, que vuelven á nuestro hogar buscando, tras larga peregrinación, el nido de sus amores; la blanca flor de los campos, todo habla al corazón en el lenguaje feliz de la esperanza.

Estaba reservado á una religión divina el hacer de la esperanza una virtud.

La esperanza, dice el inmortal Chateaubriand, es un verdadero genio, dotado de ese vigor que produce, y de esa sed que nunca se extingue. Nodriz de los desvalidos, coloca-

da al lado del hombre, como una madre junto á su hijo enfermo, lo mece en sus brazos, lo aplica á sus pechos inagotables, y le brinda con un jugo dulce que mitiga sus dolores. Vela en su cabecera solitaria, y lo aduerme con sus cantos melodiosos.

Sin la esperanza, la vida del hombre sería un campo sin árboles ni flores; la vida de la mujer sería un desierto horrible.

“La esperanza es la cadena de oro que une á la tierra con el cielo.”



308

da al lado del hombre, como una madre junto  
á su hijo enfermo, lo dice en sus brazos,  
aplica á sus pechos inagotables, y le brinda  
con un jugo dulce que mitiga sus dolores.  
Vela en su cabecera solitaria, y lo aduerna  
con sus cantos melódicos.

En la esperanza, la vida del hombre sería  
un campo sin árboles ni flores; la vida de la  
mujer sería un desierto horrible.  
La esperanza es la cadena de oro que une  
á la tierra con el cielo.

309

cielo ha descendido hasta la montaña, á la  
montaña se ha elevado hasta los cielos.  
¡Añimo, viajero!—Por qué te paras? Bien  
se advierte la tentación, y el firmamento se  
alza; es inútil la fatiga; no te canses con tus  
manos la inmensa cortina azul del firmamento!

## CAPITULO VIGESIMO SESTO.

esperanza, que juzga próximo á la tierra, y  
marcha y corre, y se fatiga en vano.  
El mundo por donde viaja el viajero mor-  
tal, no es la morada de la felicidad.  
En el espíritu, la sin-tregua

### LA FELICIDAD.

el vehemente deseo de ser feliz.  
Hay quien lo sea en el cielo.  
Alejandro, después de conquistar el mun-  
do, sentía una pena; no era feliz; la pena de  
que no hubiese más tierra que conquistar.

#### I.

¡Adelante, viajero! Quieres tocar con tus  
manos la inmensa cortina azul del firmamen-  
to; ¡adelante!

Has llegado al remoto confin donde á tu  
vista aparecían confundidos el cielo y la tier-  
ra. ¡Qué imperfecta es tu vista!

No es aquí; ¡adelante, viajero!

Allá, á lo lejos, se descubre una montaña;  
sobre su cima descansa con majestad el firma-  
mento. ¡Arriba!

Lograste subir; ¡cuán elevada se ofrece á  
tus ojos la serena region de las estrellas!

Otra montaña á lo léjos; no hay duda: ó el



cielo ha descendido hasta la montaña, ó la montaña se ha elevado hasta los cielos.

¡Animo, viajero!—¿Por qué te páras? Bien se adivina: tú te acercas, y el firmamento se aleja; es inútil tu fatiga; ¡no tocarás con tus manos la inmensa cortina azul del firmamento!

Así el mísero mortal, viajero del mundo, anhela uno y otro día tocar el cielo de su esperanza, que juzga próximo á la tierra; y marcha, y corre, y sube, y se fatiga en vano.

El mundo por donde viaja el mísero mortal, no es la mansion de la felicidad.

En el espíritu humano se agita sin tregua el vehemente deseo de ser feliz.

¿Hay quien lo sea en efecto?

Alejandro, despues de conquistar el mundo, sentía una pena; no era feliz: la pena de que no hubiese más tierra que conquistar ni más pueblos que rendir.

Alejandro, que no habia cabido en el universo, cupo, y le sobró espacio, en los ámbitos reducidos de un sepulcro.

El hombre busca la felicidad; la mujer la espera.

¡Por eso es tan triste la condicion de la mujer, destinada á esperar, á esperar indefinidamente!.....

Si las mujeres supieran escribir, si pudiesen replicar á tantos poetas audaces como han cantado la felicidad, esos poetas audaces quedarían convictos y confesos de sublimes ignorantes ó de pérfidos impostores.

Han creído feliz á la mujer cuando siente halagada su vanidad: cuando una nube de lisonjas la rodea; cuando ocupa el trono de la belleza, proclamada reina por la adulación y coronada por manos de la moda.

Nunca es menos feliz que entonces la mujer. Sus horas de soledad son amargas; piensa en lo porvenir.

Otros han creído feliz á la mujer cuando en el fondo de su alma abriga un amor intenso y correspondido.

Tambien se engañan. La mujer que ama, sufre; y quien sufre no es feliz.

¿Está en el matrimonio la felicidad de la mujer?

Si la amistad es, como decia un gran escritor, el matrimonio del alma, el amor es el alma del matrimonio. Cuando en el matrimonio deje sentirse el único influjo de un amor santo, está resuelto el problema de la felicidad, hasta donde es posible la felicidad en este valle de dolor y de miserias.

Cuando un móvil mezquino, que puede llamarse riqueza, blasones, posicion, ejerce el influjo que solo debe ejercer el amor santo, es de temer que, sin saberlo, pacten dos seres,



que tal vez no eran antes infelices, su mútua infelicidad.

Dios ha puesto sobre la tierra almas simpáticas, movidas acordemente por iguales afectos; almas que se buscan, se ven y se unen para nunca separarse: hé aquí la suprema ventura del matrimonio: hé aquí la felicidad de la mujer.

### III.

La gran instruccion suele no hacer felices á las mujeres: la buena educacion las guia á la felicidad.

La gran instruccion mal dirigida puede arrastrarlas al desvanecimiento y á la duda; la buena educacion las enseña á ser humildes y á creer.

La gran instruccion extraviada, puede ocasionarles hastío y tristeza: la buena educacion las enseña á resignarse y á esperar.

La gran instruccion profana puede precipitarlas en el egoismo y la desconfianza: la buena educacion las enseña á ser tolerantes y á amar.

Crear, esperar, y amar; las tres preciosas virtudes, sin las cuales la educacion no se concibe, y es falsa la instruccion.

Una mujer que no cree, es muy difícil que

sea buena esposa, es casi imposible que sea buena madre.

Una mujer que no espera, es una planta seca y sombría en medio de la sociedad.

Una mujer que no ama, que no se compadece, que no siente, debe reputarse como el baldon y el oprobio de su sexo.

No preguntemos si es feliz á la que no puede ser buena madre y buena esposa.

No pidamos aroma y belleza á la planta seca y sombría que se alza en medio de la soledad.

No busquemos dicha en donde residen el oprobio y el baldon.

La buena educacion, esto es, la educacion verdaderamente cristiana, dulcifica las horas de la mujer, no en una edad determinada, sino en todas las edades de la vida.

Cuando niña, mata en germen la vanidad: cuando jóven, hace resaltar como virtudes la modestia y el pudor; cuando amante, enseña la honestidad y pureza del cariño: cuando esposa, enseña la fidelidad inalterable y la obediencia justa: en las alegrías, enseña la moderacion, y en los infortunios, la conformidad; en la opulencia, el noble desprendimiento; en la pobreza, la noble resignacion: para los superiores, el respeto; para los inferiores, el agrado; para los amigos, la constancia; para los enemigos, el perdon; y para todos, en fin, la caridad.



Convengamos en que la educacion verdaderamente cristiana es el gran tesoro de la humanidad.

¡Que no se cierrén nunca para la mujer las puertas de ese tesoro! ¡Que permanezcan siempre de par en par abiertas, sea cualquiera el espíritu de los siglos, sean cualesquiera las preocupaciones de los hombres!

No puede ser feliz un país donde no sean felices las mujeres.

No pueden ser felices las mujeres fuera de la educacion cristiana, que es la única que impone como deberes, pero deberes muy altos, la obediencia justa, la esperanza en Dios, y el amor puro y santo.

La educacion cristiana es, pues, el solo elemento de felicidad que hay en la tierra; es garantia de la dulce paz del alma y del reposo apacible del corazon.

Con el alma turbada y el corazon intranquilo, no busques nunca la felicidad, ¡pobre viajero del mundo!

## EPILOGO.

Hay quien opina que todo el que escribe ó habla acerca de las mujeres, debe reservarse el derecho de arrepentirse mañana de lo que hoy escribe ó habla.

El autor de estos APUNTES renuncia solemnemente á ese derecho.

Ha consignado lo que estima verdad; y de la verdad no cabe arrepentimiento.

Ni rinde culto al genio del positivismo que deprime á la mujer, ni al genio de la fantástica idealidad que aspira á divinizarla.

La figura de la mujer aparecerá siempre en todos los grandes cuadros que representan la historia de la humanidad.

En la portada del mundo antiguo, Eva; la madre en la naturaleza humana, la autora del gran cataclismo del Eden.